

Antonio Di Benedetto

Aballay

Incluye el relato original de Antonio Di Benedetto,
el guión cinematográfico de Fernando Spiner,
Javier Diment y Santiago Hadida y la adaptación gráfica
con dibujos de Cristian Mallea



Adriana Hidalgo editora

Di Benedetto, Antonio
Aballay -1ª. ed.
Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2010.
158 p. ; 19x13 cm. - (la lengua)

ISBN 978-987-1556-47-2

1. Narrativa Argentina I. Título
CDD A863

la lengua

Editor: Fabián Lebenglik
Maqueta de tapa: Eduardo Stupía
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina: octubre de 2010
1ª edición en España: octubre de 2010

© Luz Di Benedetto, 2010
© guión, notas y adaptación gráfica: sus autores
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2010
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1556-47-2
ISBN España: 978-84-92857-33-3

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Por el guión: Hecho el depósito que indica la ley.
Expediente DNDA N° 074458

Por la adaptación gráfica: Hecho el depósito que indica la ley.
Expediente DNDA N° 872382

Este libro se terminó de imprimir en -----
en el mes de septiembre de 2010

ABALLAY

RELATO

En el sermón de la tarde, el fraile ha dicho una palabra bien difícil, que Aballay no supo conservar, sobre los santos que se montaban a una pilastra. Le ha motivado preguntas y las guarda para cuando le dé ocasión, puede que en los fogones.

Son visitantes, los dos, el cura y él, con la diferencia que el otro, cuando termine la novena, tendrá adonde volver.

La capilla, que se levanta sola encima del peladal en medio del monte bajo, sin viviendas ni otra construcción permanente que se le arrime, se abre para las fiestas de la Virgen, únicamente entonces tiene servicio de sacerdote, que llega de la ciudad, allá por la lejanía, de una parroquia de igual devoción.

Los peregrinos –y los mercaderes– arman campamento. Se van pasando los nueve días entre rezos y procesiones; las noches, atemperadas con costillares dorados, con guitarra, mate y carlón.

Aballay presenció un casorio, de laguneros, muchos bautizos de forasteros. Más bien deambuló de curioso y también necesitado de probarse entre la gente, pero alerta y sin darse con nadie. Contó cuatro milicos.

* * *

Mientras tanto en el altar declina la llama de los cirios, afuera se reanima y alimenta el fuego de las brasas, en las enramadas de vida corta, la de esas fechas no más.

El cura recorre el sendero de vivaques echando las bendiciones y las buenas noches. Solicitado al pasar por cada grupo, hace honor a una familia venida de Jáchal. Se asa un chivito, la abuela fríe pasteles, un hombre sirve vino, todos en sosiego y discretos. De las quinchas vecinas brotan cantos, tempranamente entonados.

Se nombra a Facundo, por una acción reciente.

(“¿Que no es que lo habían muerto, hace ya una pila de años...?”)

Aballay ha sido una sombra en la andanza de la sota-na, ahora es un bulto quieto, que no se esconde. Espera.

Uno de los jachaleros lo invita a acercarse. Con una seña dice no. Otro es su apetito.

Pero media el cura y Aballay obedece. Nada agrega a la conversación, tampoco propicia su intervención el fraile, tal vez acostumbrado a esos silencios de los humildes y los ariscos.

Pero a cierta altura, cuando ya las estrellas remontan el horizonte, Aballay lo sorprende con un toque en la manga y la consulta que le desliza en voz baja:

–Padre, ¿podrá oírme...?

–¿En confesión?

Aballay medita y al cabo dice:

–No todavía, padre. Pero ahora hablemos, le pido, usted y yo.

Más tarde se apartan de la animación de los fogones,

eluden a los achispados de la cantina y se pierden entre las carretas dormidas donde reposan los niños.

* * *

Entonces hablan y, al calar el asunto que el desconocido le trae, el religioso se regocija de su eficacia como orador sagrado. He aquí quien le muestra que su verbo penetra y es capaz de causar inquietudes. Trata de corresponder a ellas agregando claridad y simplifica el lenguaje, la expresión, lo más que puede.

–No, hijo: no dije que fueran santos, sino que vivían en santidad. Era propio de anacoretas o ermitaños.

–Dispense, no fueron sus palabras.

–¿Que no...?

–No, padre. Los nombró de otra manera.

–A ver... estilitas. ¿Puede ser?

–Puede.

–Ah, bien. Significa más o menos lo mismo. Sólo que los estilitas eran una clase especial de anacoretas... ¿Conoces qué quiere decir esa palabra?

–Sí y no.

–Pongámosle que no y te explicaré. Los anacoretas eran solitarios, por su propia voluntad se habían retirado de los seres humanos. A lo más, mantenían la compañía de un animal fiel. Recorrían los desiertos o habitaban una cueva o la cumbre de una montaña.

–¿Para qué?

–Para servir a Dios, a su manera.

–No lo entiendo. En el sermón usted dijo que estaban arriba de un pilar.

–Sí... pilar o columna. Esos precisamente eran los estilitas. Su rara costumbre sólo era posible en aquellos países del mundo antiguo, donde, antes de Cristo, fueron levantados templos monumentales, que apoyaban su techo en pilastras. Al desaparecer sus religiones y ser abandonados por los hombres, durante siglos y siglos, se fueron destruyendo. En algunos casos, solamente quedaron en pie las columnas. Los estilitas subían a ellas para tratarse con rigor y alejarse de las tentaciones. Permanecían allí, con viento o lluvia, enfermos o hambrientos.

–¿Cuántos días?

–¿Días...? ¡Eternidades! Se dice que Simón el Mayor vivió así treinta y siete años y Simón el Menor sesenta y nueve.

Aballay entra en un denso silencio.

El sacerdote lo estimula:

–¿Y...? ¿Qué piensas ahora que sabes el tamaño de su sacrificio? ¿Podías imaginarlo?

Aballay no recoge esas preguntas. Tiene otras, muchas más, minuciosas: que si en tan estrecho sitio podían sentarse o debían estar de pie, en cuclillas o arrodillados: que por qué no morían de sed; que si nunca jamás bajaban, por ningún motivo, ni por sus necesidades naturales; que si puede creerse que no los tumbara, al suelo, el sueño...

El sacerdote está contestando, mas no omite sospechar que esa inquisitoria sea la de un descreído rústico,

que lo esté incitando a perder fe en lo que ha predicado desde el púlpito. No obstante, se dice, hay respuesta para todo.

–¿Cómo se alimentaban? Lo hacían moderadamente, aunque algunos, según el lugar donde se establecieran, se veían favorecidos por la naturaleza. Estos tal vez disponían de miel silvestre y del fruto de los árboles. De otros, especialmente de los caminantes del desierto, se cuenta que comieron arañas, insectos, hasta serpientes.

El tipo repulsivo de animales que evoca ahonda la naciente preocupación del cura. Por un sentido de seguridad, está observando adónde han llegado. “Al fondo de la noche”, se dice, considerando la espesura del matorral inmediato. Se han apartado del aduar, la concentración de carretas y animales de tiro. Se analiza junto a ese emponchado nunca visto previamente, que parece ansioso y díscolo, y de quien desconoce si debe temer el mal. Se sobrepone; hace por tranquilizarse y piensa que tiene que complacerse de esta provocación, tal vez ingenua, que lo ha llevado a la memoria de sus lecturas, aunque sea para transmitir las a un solo feligrés y en tan irregulares circunstancias.

El religioso está explicando que asimismo podían sostenerse por obra de la caridad ajena, pero Aballay le cuestiona: “¿No era que estaban solos y le escapaban a los demás?”.

–Desdichados y creyentes hacían peregrinaciones para rogarles su ayuda ante Dios y a esas personas de tanta fe les aceptaban algunos alimentos muy puros.

–¿Eran santos, entonces? ¿Podían pedir a Dios?

–Todos podemos.

Aballay se interna de nuevo en los callejones de su espíritu y se distrae del cura. Este ya lo deja estar, hasta que reaccione solo.

Después:

–Usted dijo, en el sermón, que se retiraban para hacer penitencia.

–Dije más: penitencia y contemplación.

–Contemplación... ¿Acaso veían a Dios?

–Quién sabe. Pero la contemplación no consiste sólo en tratar de conocer el rostro de Jesús o su resplandor divino, sino en entregar el alma al pensamiento de Cristo y los misterios de la religión.

Aballay ha asimilado, pero su empeño consiste en despejar específicamente el primer punto:

–Usted dijo: penitencia. ¿Por qué hacían penitencia?

–Por sus faltas, o porque asumían los yerros de sus semejantes. Concretamente en el caso de los estilistas: montaban a una columna para acercarse al cielo y despejarse de la tierra, porque en ella habían pecado.

Aballay sabe qué grande pecado es matar. Aballay ha matado.

* * *

Esta noche, Aballay ha decidido despejarse de la tierra.

Bien es real que el llano, que es lo único que él conoce, no tiene columnas, ni nunca ha visto más que las de un pórtico, en la iglesia de San Luis de los Venados.

Recuerda que para escabullirse de las disciplinas de su madre, se trepaba a un árbol. Acepta que al presente está intentando lo mismo: huirse de su culpa, y busca adónde subir.

No le valdría, actualmente. Ni un ombú, si probara el refugio de su altura y follaje. Sería descubierto, sería apedreado, aunque no supieran la verdadera causa, solamente por portarse de una manera extraña. Tampoco nadie le alcanzaría un mendrugo.

Está firme, a conciencia, en el trato consigo mismo de separarse del suelo y llevar su vida en penitencia. Mató, y de un modo fiero. No se le perderá la mirada del gurí, que lo vio matar al padre, uno de los escasos recuerdos que le han quedado de aquella noche de alcohol.

Pero él no podría quedarse quieto con su remordimiento. Él tiene que andar. Salirse (de un sitio en otro).

¿Cómo, si quiere copiar a los de antes, lo que contó el cura?

El fraile, dijo que montaban a la columna. Él, Aballay, es hombre de a caballo. Tempranito, a los primeros colores del día, Aballay monta en su alazán.

Le palmea con cariño el cuello y consulta: “¿Me aguantarás?”. Supone que su compañero acepta y, mientras avanzan al trote suave, lo prepara: “Mirá que no es por un día... Es por siempre”.